

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas.
—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Núm.
mero de la venta, 10 céntimos.—Atrasado, 25.—Co-
rresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

LO DE LOS SELLOS

Gallarta.—Nemesio Merodio, 2 pesetas;
V. R. M., 2.

Ubrique.—Trimestralmente, mientras esté
dando resultado su proyecto ó se lo lleve el
diablo, 22'50 pesetas. Sixto Bohorquez.

Burjasot.—Ahí van 5 pesetas para lo de
los sellos. José Villó y Ruiz.

Zamora.—Cuenta usted con una peseta
mensual para lo de los sellos. Salustiano
Muriel.

Corrales del Vino.—Cuenta con 2 pe-
setas y desde Abril con 50 céntimos mensua-
les. Averguenza ser republicano en esta pro-
vincia de Zamora, tan hipócrita como indi-
ferente. Ramón Diegues.

Madrid.—Ahí va 1'50 para los sellos.
Roberto de Galain.

Para lo de los sellos le envío 5 pe-
setas. Luciano Sáez.

Granada.—Suscribame por una pesetilla.
F. García Moreno.

Elda.—Le enviaré una peseta mensua-
lmente para los sellos. Joaquín Samiá.

Albacete.—Cuenta con 2'50 de don An-
gel Prat y con 2'50 más. José Llagostera.

Barcelona.—Le envío 15 pesetas para lo
de los sellos, 6 para lo que usted crea con-
veniente, si la idea no prospera. Luis Ba-
llester.

Cepeda de la Sierra.—Allá van 25 pe-
setas para los sellos. Si no se hacen, destínalas
á lo que quiera. Antonio Pérez Mason.

Toledo.—De parte de E. Lozano, 2 pe-
setas; de M. Guzmán, otras 2, y de la mía,
otras 2, aunque después nos llamen los re-
publicanos de pega, los lilas del año 1900.
Antonio Garjón.

Vinaros.—Allá van 5 pesetas. Más ade-
lante le enviaré más. Vicente Quemades.

UNA CARTA

Amigo Nakens: Hasta este lugar en
que moro, y que no descubro por evitar-
me la visita de algunos correligionarios
de los que á última hora abusaron de mi
mal estado de salud para hacerme decir
lo que ya mi cerebro no podía pensar,
y firmar lo que ya apenas podían mis
ojos leer, ha llegado la noticia de que se
había abierto una suscripción para eri-
girle un monumento.

Cuando lo supe no era ya tiempo de
oponermelo; pero me aterró la idea de que
la suscripción se petrificase en la canti-
dad exigua que alcanzó la de mi buen
amigo Ruiz Zorrilla, para sonrojo de los
que se llamaron sus amigos, sus corre-
ligionarios y sus admiradores.

Afortunadamente, como la mía fué
suscripción nacional, y no de partido,
parece que ascendió á una cantidad ma-
yor, según pude ver en *El Liberal* hace
siete u ocho meses. Por cierto que ofre-
ció publicar inmediatamente otra lista
de suscriptores, y no he sabido que lo
haya hecho.

¿Que á qué viene el escribirle hoy á
usted? A que me indique lo que sepa del
monumento que tratan de erigirme, á
cuánto asciende la cantidad recaudada y
en poder de quién se encuentra.

Pudiera haberme dirigido á cualquie-
ra de los que se adornan por ahí con el
título de testamentarios políticos míos;
pero el temor á que, por no disgustarme,
ó por adularme como cuando yo tenía in-
fluencia en ese planeta, me ocultasen la
verdad, ha influido en mi decisión de
escribirle á usted, ya que acostumbra á
decirla sin circunloquios.

Continúe usted combatiendo á los que
afirman que yo supe lo que me hacía en
los tres ó cuatro meses anteriores á mi
muerte, y cuente con la estimación de
éste á quien tantas veces combatió usted
con dureza por suponerle (y no sin fun-
damento) auxiliar valioso de la monar-
quía.

De usted atento seguro servidor
EMILIO CASTELAR

CONTESTACIÓN

Sr. D. Emilio Castelar.

Ilustre español: Honrado con su carta, y
más aún con las razones en que se ha funda-
do para dirigírmela, bien quisiera estar en-
terado del asunto de la suscripción para sa-
tisfacer cumplidamente su justificada curio-
sidad.

Peró sólo sé lo que de público se dice;
esto es: que no responde á su fama la canti-
dad reunida, y que las miles de pesetas
unas cuarenta mil) están en poder de Ba-

selga. Respecto al cómo y cuándo se alzará
el monumento, no tengo ni la idea más re-
mota.

Y en cuanto á lo otro, á la conducta que
siguen los herederos de su política, ¿qué de-
cirle? que el único que los ha combatido con
alguna constancia soy yo, y los primeros
que creen que no puede prevalecer son ellos.

Si llevo á saber algo más de lo que usted
me pregunta, me apresuraré á comunicárse-
lo. Y hágalo ó no, ordene usted lo que guste
á éste que nunca estuvo aquí á sus órdenes,
por enemigo declarado del ordeno y mando
de que usted tanto abusaba.

Lo sigue admirando como orador y poeta,
el que le hubiese glorificado como político
si, olvidando errores pasados, trabaja usted
en sus últimos años por la venida de la Re-
pública.

B. S. M.
José NAKENS

LELOS

Nos dieron el Jurado, y considerán-
dole como una carga concejil, le huimos
el cuerpo lo posible. Nos dieron el ma-
trimonio civil, y pocos osaron aquí ca-
sarse civilmente. Nos dieron el sufragio,
y no votamos. Y entonces se dijo: ya la
política no importa á nadie. Los tiem-
pos de las luchas políticas han pasado
para siempre. Hoy el problema está
puesto de otra manera. A las contiendas
del derecho han sucedido las del interés.
Por eso el pueblo se rie de los políticos
de todas castas y colores.

Vinieron las guerras coloniales. El
incendio de Cuba se propagó á Filipi-
nas. Nuestra política colonial dió sus
naturales frutos. Corrió un río de oro y
se derramó un mar de sangre. El pue-
blo apenas dió muestra de enterarse. Y
se dijo: España no siente Cuba, España
no siente Filipinas. La posesión de esas
colonias es para nosotros más un emba-
razo que un provecho. ¿Pero es que Es-
paña no sentía tampoco su ruina y la
sangre de sus hijos? Difícil es imaginarlo.
En fin, ¡todo sea por Dios! Si España
no siente nada de eso, ¡qué le hemos
de hacer!

Llegó el desenlace inevitable. La gue-
rra colonial produjo la guerra extranje-
ra. El largo drama se resolvió en una
de las tragicomedias más vergonzosas
que nunca ha presenciado la historia.
Allí lo perdimos todo, colonias, dinero,
esfuerzos, sin salvar siquiera lo que ase-
guraba el rey caballero haberse salvado
en Pavia. Pues bastóle al viejo pastor
poner á los folículos la mordaza de
la censura para enfrenar los arranques
de la indignación nacional. España si-
guió siendo, después del desastre, una
balsa de... cualquier cosa. Y se dijo:
esas guerras lejanas no interesan. Falta
calor, falta animosidad. Vinieran aquí
los yankees á batirse en la meseta cas-
tellana, y ya verían lo que era bueno.

Ahora estamos en plena liquidación.
El gobierno liquidador eligió sus Cortes,
formó su presupuesto y apacienta el re-
baño nacional como si nada hubiera pa-
sado. La administración no nos defiende
contra los delincuentes, permite que
criminales mercachifles nos envenenen
so color de alimentarnos, nos deja morir
á chorros de abandono, de ignorancia y
de suciedad, pero en cambio nos quita
de la boca el pan de cada día. Quiere
nuestra vida y nuestra bolsa. Más ge-
nerosos los bandidos, suelen dar á ele-
gir á sus víctimas entre perder ésta ó
aquella. ¿Es que tampoco eso nos im-
porta? «Lo mismo da vivir que morir»,
decía el filósofo antiguo, y como alguien
le preguntara: «Entonces ¿para qué vi-
ves?», contestó ingenuamente: «Por
eso, porque da lo mismo.» Por eso tam-
bién vivimos los españoles. Somos gran-
des filósofos, como dijo el *Times* á su
tiempo con británico humorismo.

Todo es sublime llevado al extremo.
Como hay genialidad sublim, también
hay sublime simpleza. La indiferencia
es la discreción de los necios. Al «no
importa» de nuestros padres, hemos sus-
tituido nosotros el «y á mí qué.» Sólo
que aquél ganaba batallas y éste las
pierde. Posible es que la suprema sabi-
duría se encierre en aquel *lo mismo me
da de doña Pánfila* Sinabores, una de
las mujeres del célebre Barba Azul. Pero,
en fin, se hace cuesta arriba el pensar
que nos sea igual á los españoles vivir
que no vivir, comer que no comer, estar
sanos que estar enfermos, como diz que
nos es indiferente ser cultos ó ignorantes,
ricos ó pobres y libres ó esclavos.

¿Será, ¡Dios soberano!, que los espa-
ñoles tengamos, según suele decirse, la
enfermedad bajo el pelo? La inducción
del efecto á la causa es una operación
elemental del entendimiento, tan ele-
mental, que ni en los animales falta. Por

poco avisado que sea, no espera el asno
á que el palo caiga sobre sus lomos para
adivinarlo: ve el palo y presiente la pali-
za. ¿Seremos más asnos que el asno? Sin
la detentación de la voluntad nacional,
no habría habido guerras coloniales: sin
guerras coloniales, no hubiese surgido
la guerra con el extranjero; sin ésta no
habrían sobrevenido ni sustra deshonra y
nuestra ruina. Así se encadenan los he-
chos en el mundo, y el percibir ese en-
cadenamiento es lo propio de la inteli-
gencia discursiva. Cuando el hombre
yerra al apreciar la relación de causa
á efecto, pronto la realidad viene á pa-
tentizar su error. Y entonces hay que
estar loco ó imbecil para no apresurarse
á rectificarla.

¿Creen ustedes que cuando toquen á
pagar se armará la de San Quintín, que
Sancho hará lo que no supo hacer Don
Quijote, y que la susceptibilidad del bol-
sillo será en nosotros más viva que la del
honor? ¡Cal! Pagaremos, nos aruinare-
mos, emigraremos, moriremos todos
mansamente de miseria y hastío. Y los
que sobrevivían se dedicarán á hacer
piadosas rogativas para pedir muy devo-
tamente á Dios un buen gobierno, como
ahora le pedimos consuelo para nuestras
cuitas y riego para nuestros campos.

ALFREDO CALDERÓN

REVOLUCIÓN

No podía antes pronunciarse esta palabra
sin cierto temor.

Estampada en las columnas de un peri-
ódico, al frente de un artículo, hacía que
se leyese esperando encontrar en él algo
grave, valiente, subversivo.

Las gentes que se llamaban de orden, los
timoratos, los pobres de espíritu, no lo
podían oír sin experimentar un estremeci-
miento de miedo, viendo detrás de ella ro-
tos todos los vínculos que ligan los convencio-
nismos sociales y desquiciado y amenazando
hundirse todo el sistema que mantiene el
orden y la armonía universal.

Los radicales, los de ideas avanzadas que
aspiraban á los grandes cambios, á las refor-
mas trascendentales, pronunciabanla como
expresión sintética de todos sus anhelos; en
ella compendian toda la fuerza de una
idea; decir *revolución* significaba, en el orden
social y político, trastorno, revuelta, agi-
tación, lucha, barricadas, tiros en las calles,
alzamiento de grandes masas populares, caí-
das de gobiernos, derribamiento de tronos,
cambios completos en todos los organismos
de la sociedad; algo grande, inusitado, tran-
scendental, digno en fin de la energía y ro-
tundidad de la misma frase.

Peró hoy, como todo, esa palabra ha ve-
nido muy á menos.

No asusta ya á nadie; casi no significa
nada; el abuso de ella la ha familiarizado,
la ha prostituido.

Y es natural que esto sucediera.

Estamos en tiempos de feminismo; predo-
minan ahora los decadentes, los excépticos
y los esletas. Hoy se dice *revolución* en el
orden político á la indisciplina de cuatro
soldados; en el social á una huelga de obre-
ros; en el económico á unos cuantos discur-
sos y un acuerdo de cualquier gremio mer-
cantil; en el literario á la genialidad de un
cerebro desequilibrado; en el artístico á cual-
quier cosa que choque por lo extravagante.

La significación en nuestro país de esa
palabra mágica, inspiradora de grandes en-
tusiasmos que impulsan á heroicos hechos, á
grandes conquistas, á radicales reformas,
espoladora de estímulos que despiertan no-
bles y grandiosas ambiciones de gloria y de
honra, es otra de las muchas leyendas acaba-
das en esta época de miseria material y
de prostitución moral.

Es una frase que, en tanto que aquí no
surja otra generación más viril, más en-
tusiasmada, con más vida y con más alma que la
presente, debe retirarse por exótica.
Suenan tan mal en nuestros labios, como
una interjección brutal y obscena en los de
una virgen rubia de aspecto pudoroso y
cándido.

José CINTORA

Cada cual á lo suyo

Ea, basta de farsa.

Hay que acabar con ese movimiento
ficticio de comerciantes é industriales,
que no va á ninguna parte, como no sea
á entronizar la reacción.

Estamos ya cansados de oírles decir,
como al *Enano de la venta* «¡Si bajo!...
¡Si bajo!...»

Bajen ustedes cuando quieran, caba-
llos que no han pensado en que todo
iba mal, hasta que han visto que había
que pagar los vidrios rotos; rotos con su
aquiescencia y beneplácito, cuando no
con su apoyo.

Dicen ustedes que todos los medios
son lícitos cuando se aplican en beneficio
de la salvación de la patria.

¿Sí? Pues á ello, señores comerciantes.

Peró contad con que los partidos avan-
zados no vamos á permanecer quieteci-
tos cuando vosotros apeléis al procedi-
miento de la fuerza (que no apelaréis).

Os hemos invitado á fundiros con nos-
otros, ya que nos habíais robado el pro-
grama; más por probaros, que porque
nos agradara el ir á la República en tan
sospechosa compañía. No habéis hecho
caso. Está bien. Cada uno por su ca-
mino.

Peró haced que si un día ¡así fuera
mañana! hicierais un pinito revoluciona-
rio en el terreno de la fuerza, nos ten-
dríais por aliados para derribar, por en-
emigos para construir.

Y ya que todo es lícito en beneficio
de la patria, lícito nos sería aquel día im-
pedir que influyeran más de lo debido
en sus destinos los señores que sólo han
dejado su neutralidad cuando se les ha
tocado al bolsillo, y que llevan su egoís-
mo hasta el punto de no querer enten-
derse con los únicos que podrían reali-
zar lo que pretenden.

¿Os creéis aptos para derribar á Silve-
ra y gobernar con la monarquía? Pues
levantad la caza, señores patriotas reza-
gados, y allá veremos quién se la come.

¿No queréis nada con nosotros? ¿Os
bastaría para volver lo de arriba abajo?
A la obra. Peró no os escandalicéis si
aquel día, al gritar vosotros: «¡economi-
as! ¡moralidad!», respondemos nos-
otros á vuestra idea con estos otros grito-
s: «¡A los conventos! ¡A las tiendas!»
Y Antón Perulero, cada cual atienda á
su juego.

Porque quien no está con nosotros,
contra nosotros está.

EL COLMO YA

Y dice don Fernando Checa, alcalde de Sevilla,
para justificar el gasto de unos miles de pesetas
destinadas á la Exposición de reses bravas que ha
organizado aquel ayuntamiento:

«No se ha ocultado á la Excm. Corpo-
ración municipal que los festejos aludidos,
LEJOS DE SUPONER UN ADELANTO EN LA
CULTURA DEL PAÍS, IMPLICAN UNA TRAN-
SACCIÓN CON EL ESPECTÁCULO REPROBADO
POR LAS NACIONES QUE MARCHAN AL FRENTE
DE LA CIVILIZACIÓN; pero TRADICIONES
OBLIGAN, y ante su fuerza FRATERNIZA el
ayuntamiento con el pueblo cuyos intere-
ses, administración, fomenta también un ele-
mento importantísimo de la riqueza del
país, y proporciona un rato solaz y recreo
á los hijos de esta ciudad y á aquellos otros
que con motivo de las fiestas de primavera
vienen á visitarla.»

¡Ay qué alcalde tan de loico, que declara sal-
vajes á sus administrados por escrúpulos de tra-
dición!

¡Ay qué municipio tan digno de ser regido por
ese alcalde!

¡Ay qué Sevilla!

¡Ay qué Andalucía!

¡Ay qué España!

Peró cuándo vienen á conquistarnos los moros
del Rif, en nombre de la civilización?

Digo, si esto no es ya mucha retensión en
nosotros.

El deshielo

Paraíso repite á cada instante que es re-
publicano, pero que antes es español.

¿Qué quiere decir con esto?

Ser republicano, equivale á ser español;
más, mucho más que el ser monárquico.
Para éste la forma de gobierno es antes que
la honra y la prosperidad de la patria y la
integridad del territorio.

También dice que la *Unión Nacional* ne-
cesita de todos, de carlistas, de republica-
nos, de monárquicos, hasta de los malos
gobernantes que se arrepientan. ¡Valiente
pistol!

Cada partido tiene sus soluciones, lo
mismo en la cuestión política que en la eco-
nómica, y no hay medio de que sus indivi-
duos se entiendan sin hacer traición á sus
convicciones, ó imponiéndolas.

Conozco algo á Paraíso, y creo que él
cree de buena fe que con esas habilidades
va á conseguir lo que se propone.

Pronto verá que no, y milagro será que
no se meta en su casa, desengañado de
los suyos: de los suyos de última hora.

Como bandera de agitación ha podido
servir para algo lo de las Cámaras de Co-
mercio. Para más, no.

No se puede levantar bandera de partido
bajo la base de unos millones de ahorro en
el Presupuesto. Es plan muy pequeño para
salvar á un país cuya ruina es tan grandí-
sima grande aún en la parte moral, que en
la material.

Sospecho que Paraíso está ya envuelto
en las redes que han de aprisionarlo. ¡Esa
fusión con ese Costal... ¡Ese Costal tan ilus-
trado, tan buen orador!... ¡Peró tan miste-
rioso, tan oscuro!... El *Jesuita* le llaman los
que le conocen.

Ha comenzado el deshielo, y pronto se
convertirá todo en agua de cerrajas.

En fin, lo que fuere sonará. Y muy pronto.
Preparémonos para ver retornar desalen-
tado á Zaragoza, al hombre que creyó que

el libro y el metrú pueden contagiarse faci-
lmente de esa hermosa enfermedad llamada
patriotismo. Se dan casos individuales; co-
lectivos, no. Las nobles pasiones esturvie-
nos siempre divorciadas de los números.

A grandes alturas, todavía pueden en-
contrarse en el comercio arranques gene-
rosos, abnegaciones admirables. Un banque-
ro, ó un industrial, ó un comerciante millo-
nario pueden arruinarse por una cuestión
de dignidad; un mercachifles, nunca. Éste
no pasa, en aritmética de las operaciones
de sumar y restar: sumar en lo suyo y res-
tar en lo del parroquiano.

Y con gente así, no puede irse á ninguna
parte.

Este ha sido el error de Paraíso.

Pensando piadosamente.

En Francia hacen una ley declarando
que no es delito robar lo necesario, doc-
trina predicada por los Santos Padres.
Si aquí en España se dictara esa ley,
sería unánime el grito de: «¡las gran-
des empresas! ¡los colegios de jesuitas!
¡los conventos!»

Porque apenas hay otros sitios á don-
de los necesitados pudieran acudir en
cumplimiento de tan simpática ley.

CANGUELITIS

Mucho bullir, mucho escribir, mucho te-
legrafar, mucho viajar, mucho hablar, mu-
cho banquetear, mucho victorear...

Peró ¿y de aquello de negarse al pago de
la contribución, ó en su defecto darse de
baja en la matrícula, qué hay?

Porque esto, y sólo esto es lo que ustedes
han ofrecido, señores de la *Unión Nacional*.
Y si no lo hacen, van á quedar peor que el
político más desacreditado.

No me atrevo á aconsejarles que lo hagan,
porque está prohibido por la ley, y yo soy
muy respetuoso con tan apreciable señora.
Peró que me gustaría que lo hiciesen, ¡vaya
si me gustaría!

Y no lo hago además, por la seguridad
que tengo de que no habíais de hacerme
caso. El miedo representa un papel im-
portantísimo en este juego que os traéis.

Porque tenéis miedo al gobierno; mucho
miedo.

Y más aún, á que los libros de Caja os
echeben en cara vuestras calaveradas.

Y más todavía, á que el pueblo, que se
pirra por los jaleitos, aproveche el que ar-
marais para echar un higienico y confortable
vistazo por los conventos y por vuestras
tiendas.

Porque el pueblo no olvida, ni puede ol-
vidar, ni debe olvidar que mientras se sa-
crificaba por *nuestros intereses* en Cuba y
Filipinas, vosotros pensábais en recibir á los
yanquis con bandera blanca, si por acá ve-
nían.

Y sabe también, que los que trajeron, de-
fendieron y ampararon al régimen actual,
fuisteis vosotros, sin haber caído en la cuenta
de que nos llevaba al descrédito y á la
ruina; hasta que supisteis que iba á escarbar
un poco más en vuestros bolsillos.

Porque nada de esto ignora, y de paso os
conoce bien, el gobierno se rie de vosotros.

Otra cosa hubiera sido si, aliándoos con
el partido republicano, como os propuse,
hubiéramos todos marchado á un fin común.
No en provecho exclusivo vuestro, claro es,
sino en el de la nación.

Peró como no queréis nada con los po-
líticos... ¡Como somos todos tan inmorales
como vosotros honrados!... ¡Como sois los
únicos representantes de una España nueva
con libros de Caja viejos!... no ha habido
medio de que nos entendamos.

Y ahora, á morir de miedo, para que os
entierren en lo que dicen que entierran á los
que mueren de esa sucia enfermedad.

Y que se tape bien las narices el que se
encargue de enterrarlos.

¡SIGA EL JALEO!

Los carlo-separatistas continúan ani-
mándose. El obispo Morgades debe sen-
tirse satisfecho.

A las 12 de la noche del martes de
Carnaval pasaban unos periodistas cerca
del templo de San Jaime en Barcelona,
y oyeron cantos desaforados dentro. Es-
tando cerrada la puerta principal, y la
del costado, se colaron por otra excusada
de la calle del Beato Simón Rojas, no sin
haberles tratado de impedir el paso va-
rios tipos clericales. Ahora oigámosles:

«No nos arrepentimos de haber sido cu-
riosos. En la iglesia de San Jaime había
tenida blanca. Pero ¡qué tenida! Allí estaba
lo más lijado del carlismo barcelonés. La
iglesia estaba casi llena y se cantaba por
todo lo alto, con gran calor y entusiasmo.

Por no ser nota discordante nos agre-
gamos al coro, y nuestra argentina voz resonó
por el templo, fresca, vibrante, espampa-
nante. A ciencia cierta no sabemos lo que
cantamos, pero es un hecho que nuestra voz
hizo coro con la de todos los feligreses, y lo
es también que del templo salimos roncos
de tanto cantar.

Peró quienes cantaban mejor que nadie
eran unos cincuenta caballeros haraganes

que ocupaban por completo el altar mayor, en el que bajo palio había un santo que todos veneraban y que nosotros no conocimos, aunque le cantamos las cuarenta... y tantas letanías religiosas.

Es inexplicable el entusiasmo con que aquellos energúmenos vociferaban; hubo un momento que llegamos a temer por nuestros tímpanos. Y el caso es que esta es la hora que aún ignoramos de que se trataba, ó, mejor dicho, qué clase de función era aquella, qué nombre tiene en la liturgia. Sólo sabemos que era de un orden muy complicado, que en ella tomamos parte importante y luego lo que verá el que leyere.

Se acabaron los cantos y subió al púlpito un venerable sacerdote. Hizo la señal de la cruz, rezó en voz baja una oración, pidió la intervención del cielo para que le iluminara en aquel trance, y en perfecto catalán nos dispuso un sermón de esos que hacen época. Su oratoria era Krupp, sus ademanes desenvueltos, su acento enérgico y su mirada vengativa y dura. Hay que tener presente que con tanto canto los ánimos estaban muy excitados.

El venerable pater comenzó por decir que habíamos entrado en la Cuadrigésima, aunque por las calles corrían máscaras ofendiendo a Dios. Esto le dio pie para tronar contra el liberalismo, que tales atentados permite. «Si la Iglesia—añadió—mandara en la tierra, todos esos forajidos que a estas horas andan con disfraz por las calles, bien pronto irían a parar a la más negra mazmorra de Montjuich».

Después, exaltándose al influjo de su propia oratoria, exclamó, dando un fuerte puñetazo en la barandilla del púlpito: «¡Mueran el liberalismo, que tales excesos permite!».

¡Jesucristo, lo que ocurrió! Las palabras del cura desataron la lengua de un faccioso, y se oyó un grito de «¡mueran los liberales!».

Como si este evangélico grito fuera una señal convenida, bien pronto la iglesia se convirtió en una especie de gallera. Todo el mundo vociferaba, todos allí se desataron en improperios contra los liberales, y se dieron voces de «¡viva la Inquisición!» «¡viva el Papa rey!» «¡mueran los masones!» «¡mueran el Diluvio, ¡mueran Voltaire!» y otras por el estilo, todos llenos de unción y mansedumbre.

Aquellos energúmenos se emborrachaban gritando. Así llegaron al paroxismo. Y, sin saber cómo, de pronto entonaron el célebre

Raja el infierno,
brame Satán,
la fe catalana
no morirá.

Esto de la fe catalana nos sorprendió dolorosamente.

¡Cómo sería el escándalo, que el venerable cura que le había promovido aplicaba a gritos que se callaran! Pero los fieles, cada vez más exacerbados, en lugar de obedecer al pater gritaban a más y mejor.

A todo esto un exaltado hizo tribuna de su silla, y dirigiéndose a la multitud le hizo jurar que moriría matando liberales. Todos juraron hacer aquella barbaridad, y entonces el cura, aprovechando un momento de relativo sosiego, pudo continuar su interrumpido discurso, que ya desde entonces fué relativamente moderado.

A la una de la madrugada terminó la función, sin que, por fortuna, la policía tuviera que desalojar el templo.

Las cosas van poniéndose de tal modo, que si no se arma la de San Quintín, a fe que tenemos por la vida de las personas honradas y liberales. Tenidas blancas como la del marqués tratan de cuerpo entero a toda una sociedad.

Armas aprehendidas en Guipúzcoa... Concejales en Navarra pidiendo que se retire del salón de sesiones del ayuntamiento el retrato de la regente... En los púlpitos palabras de exterminio... Insultos en un periódico de frailes a las señoras de Burgos... ¡Y el gobierno denunciando a porrillo los periódicos que tratan de oponerse a esa avalancha de clericales rabiosos!».

Si esto sirviera para que los liberales honrados despertasen y se aprestaran a barrer todo lo que arruina y deshonor a España, yo aplaudiría, y de buena gana, esa manifestación de carco-separatistas con savia de alcornoque clerical.

Los jesuitas de Gandía

O LA ESTOLA DE LA DISCORDIA
Y CELOS MAL REPRIMIDOS

De la misma manera que el ratón ha nacido para el gato, la solterona rica ha nacido para el jesuita.

Poned en una habitación un plato con miel; a los cinco minutos hay allí un enjambre de moscas.

Poned una solterona rica en un pueblo; a los pocos segundos la rodea una nube de jesuitas.

Pues, bien; en Gandía se da el caso de la solterona rica y devota. La que a manos llenas da estipendios de misas y dinero para novenas y religiosas funciones; la que tiene siempre una sonrisa amable y una prueba de afecto para cuantos visitan su casa; la que prepara un chocolate espléndidamente acompañado para cada eclesiástico que la visita por la tarde; la asidua en las solemnidades de iglesia y sermones de los que se convierte en verdadera trompeta de la fama; la que hace votos y ofrendas piadosas que se traducen en billetes de Banco que entran en carteras sagradas; la que, sintiendo horror al matrimonio, tiene un testamento en perspectiva lleno de ríes-ñas esperanzas para la Iglesia; la que rindiendo culto a la castidad virginal no recibe más visitas largas y a solas que las de los curas y los jesuitas;

la propagandista incansable de placas y escapularios, la lectora continua de las novelas pornográficas del P. Coloma, en una palabra, el sostén, consuelo y alegría de cuantos visiten un manto, lucen una casulla ó se embellean con un bonete.

Disfrutaba los favores de tal mina sagrada un sacerdote fervoroso, a quien la solterona surtia espléndidamente no sólo de intención para la misa, sino también de bordadas albas, aureas casullas, maravillosos amitos y pañuelos con iniciales.

Pero he aquí que un jesuita lleno de fervor, de linura y de suavidad evangélica, se introduce en casa de la solterona, conquista su afecto, gánase su voluntad, se apodera de su corazón y llévase con lazos de amor al culto de la Compañía de Jesús.

Llega el extremo de aquella mujer, olvidando sus antiguos afectos y acaso juramentos, de borrar una estola para regalársela a su nuevo padre espiritual. ¡Qué estola! De plateado tisú; bordada de reales que ramos de espigas y racimos de uvas representan al vivo; en el centro una cruz que descansa en el lomo de un borrego hecho de hilillo de oro, y toda ella resplandeciente, lujosa y exhalando suave perfume en que la ha impregnado su autora.

¡Quién podrá describir el furor, los celos mal reprimidos del sacerdote desdenado cuando llegó a su noticia que la tal estola se había confeccionado y regalado?

Baste saber que tiró el bonete sobre la mesa, rascóse con movimiento febril la coronilla, y mirando las iniciales bordadas primeramente en el pañuelo que del bolsillo de la sotana sacara, murmuró con voz en que había lágrimas: ¡¡¡¡grata!!!

No habían transcurrido muchos días cuando el lacerado sacerdote, que difícilmente se sufre la ausencia del objeto amado, acudía a casa de la solterona resuelto a pedir y obtener una explicación categórica de que, acaso, brotaran las dulzuras inefables de una reconciliación.

Llegó a aquella casa donde ratos tan felices había pasado; llamó a la puerta; abrióse ésta; entró en el zaguán, y vió espanto causa referirlo; vió un sombrero de teja en la percha.

Establóse una lucha terrible en el corazón del eclesiástico malhadado; una voz le decía: «entra» y otra le gritaba: «amáchate». Triunfó la primera; entró; vió a su rival mojado en una jicara de chocolate sabroso bizcocho de espuma; vió a la pérdida moviendo suavemente una cucharilla de plata dentro de un vaso de agua donde se deshacía un azucarillo; vió todo esto a través de un velo de sangre, y, no pudiendo contenerse, cayó sobre el jesuita con el furor y fuerza con que el chacal cae sobre la débil y codiciada presa.

Rodó la jicara, derramando su contenido sobre la sotana del hijo de San Ignacio; inmutóse la solterona; quiso defenderse el agredido; pero el sacerdote secular de tal modo descargaba puñetazos y bofetadas, que ambas sagradas personas rodaron por el suelo sobre el agua con azucarillo y el chocolate, que un lago habían formado.

Aparecieron al descubierto medias negras, calzones con menos botones que los que fueran de desear, zapatos de tamaño inverosímil y algo más que la única testigo de la escena miraba entre horrorizada y extática.

Hubo gritos de «¡corro, que se matan!»

Y al día siguiente todo el pueblo de Gandía reía a mandíbula batiente el desafío y sus incidentes.

Hoy no hay allí nadie que a los forasteros no les cuente la sabrosa historia de los jesuitas de Gandía, la estola de la discordia y celos mal reprimidos.

GIL BLAS DE SANTALLANA

Para el 25 del actual está convocada nuevamente la Asamblea de Concentración democrática republicana.

Y tengo entendido que una de las primeras cuestiones que se procurará poner en claro, es la de si Martín de Ollas escribió al general López Domínguez aquella carta-puente para ingresar en la monarquía, de acuerdo con Sol y Ortega, pues esto pudiera influir poderosamente en los acuerdos de la Asamblea.

Me alegraría que así ocurriese, para que se confirmara lo que ya dije: que había en la Concentración democrática republicana de abolengo que no se prestarían a ningún manejo encaminado a servir ni directa ni indirectamente a la monarquía.

MISAS POR DECIR

Don Antonio María Osorno y Peralta dejó una casa en la calle Rioja, número 20, Sevilla, para que le curresen dos misas diariamente por el eterno descanso de su alma.

La casa viene administrándola el actual alcalde de aquella ciudad, señor Checa, y ni el diablo sabe dónde ni cuándo se dicen las misas.

Esto no tiene nada de particular. Lo que sí lo tiene, y mucho, es que el Osorno, al ver que se alarga el tiempo de su condena, no me haya escrito una carita de atención, para que yo meta en cintura al Checa.

Porque, francamente; debe ser muy desagradable bañarse diariamente en aceite hirviendo, habiendo dejado aquí una casita para evitarlo.

Que esto le sucediera a un pellejo que nada hubiese dejado por aquí, muy santo y muy bueno; al fin y al cabo el pobre debe reventarse en este mundo y en el otro.

¡Pero un señor que deja para dos misas diarias! Esto no puede tolerarse y comprendo lo quemado y lo achicharrado que estará el amigo y lo ajumado que tendrá el pescado.

Así, pues, señor Checa, a soltar la mosca para que se celebren las misas atrasadas. Cumplirán usted con su deber, rescatará un alma y dará de comer a los curas, lo que siempre es menos molesto que dar de comer a la curia.

IALERTA!

En vista de la conducta que vienen siguiendo y de las últimas declaraciones que han hecho los novísimos redentores de España, se me ha ocurrido algo que no voy a callar.

Ningún reaccionario, titúlese como quiera, dice ni hace nada contra el jesuitismo.

Las Cámaras de Comercio siguen la

misma conducta. Buscan economías en todas partes menos en la Iglesia.

Y yo pregunto: ¿Servirán, como los catalanistas, los intereses de la reacción, por más que la mayoría de sus individuos lo haga sin conciencia?

El que haya entre los que concurren a las Asambleas de las Cámaras algún republicano, nada prueba: entre los republicanos abundan los clericales.

Desde luego hay este hecho significativo.

La cuestión de ochavos es la primera para los señores de las Cámaras; mejor dicho, la única.

El jesuitismo y algunas órdenes religiosas van apoderándose de la industria española y del comercio.

Y, sin embargo, los industriales y comerciantes callan, cebándose, en cambio, en el Ejército y la Marina.

¿Se tirará a reducir su número, para para que, cuando el carlismo se eche al campo, tenga menos fuerza enfrente?

Y no es esto una suspicacia, no. Las Cámaras han declarado que, con tal de llegar a donde aspiran, lo mismo les da el régimen actual, que don Carlos.

Hay además otro dato.

Costa se trata mucho con curas, y sabido es que fué a Zaragoza de acuerdo con Polavieja. Al entenderse ahora con Paraiso ¿qué plan lleva?

Otro dato. Siempre que viene a pelo, y cuando no viene, declaran algunos de los directores del movimiento que no son republicanos. ¿A qué viene esto, y a quién se sirve con esto?

Hay infelices que contestan: «Es para no inspirar desconfianza. Ellos están convencidos de que dentro del actual régimen es imposible realizar lo que piden, pero no quieren declararse republicanos hasta el momento de obrar.»

¡Bah! Poco se han refutado para decir que hasta con don Carlos irían.

Otra cosa. No hay que olvidar que hubo un momento en que Polavieja fué la esperanza de la masa neutra.

(Y aquí un paréntesis a propósito de la masa neutra. Todo el que dice que no es nada en política, carlista es; reaccionario, por lo menos. No se atreve a declararlo por estar bien con lo que impere, pero sirve bajo cuerda al clericalismo.)

Por estos datos y por preocuparse únicamente de los intereses materiales, (como los jesuitas) y nada de los morales (como los jesuitas), hay entre unos y otros gran semejanza.

Todavía recuerdo el pánico que les entró, y las protestas que luego hicieron, cuando el día del cierre de tiendas dijo el pueblo: «¡a los jesuitas!» Si hubiera dicho «¡a las tiendas!», no se asustan más.

Estemos alerta, por si acaso.

Dice un colega que el obispo de Madrid no puede molestar mucho a los párrocos, porque les ha cogido los libros de las pías memorias, mandas, cargas y obligaciones que, con beneficio de cada iglesia parroquial, debieron cumplirse en ella, pero no se cumplen; las maneja el obispo, sin que nadie sepa dónde, cuándo, de qué modo, ni por quién se cumplen y se cobran esas cargas y haberes, con lo que debían crearse para nuestro clero las capellanías que prescribe el Concordato, y no se han creado ni se crearán; y he aquí otro capítulo por donde el clero inferior es defraudado en su derecho a la vida.

Aquí tienen los señores del comercio otro punto que tocar: el de los obispos que hagan lo que el de Madrid.

La regeneración deben comenzarla por ellos mismos, lo primero, denunciando a los tribunales a aquellos de sus compañeros que roban en el peso, merman en la medida, ó adulteran los productos; y seguiría, depurando aquellos organismos que, como el clero, ejercen más influencia en las costumbres.

Pero si esto ha de quitarles clientela, ¡a callar, a callar! Lo primero es vender.

VOZ DE FUERA

Al conmemorar los grandes días 22, 23 y 24 de Febrero de 1848 en París, el insigne Camille Pelletán, explicando los peligros que anejan a la República francesa, puesto que se concentran en torno suyo, ha señalado el clericalismo de la España moderna.

«El pueblo, dijo, que fué gloria del mundo, que compartió con Francia, en titánica rivalidad, la obra de civilización de Europa, y más aún de la Tierra, yace vencido, oprimido por los eternos enemigos del pensamiento libre. Y esto es intolerable.

Mientras no se aniquile a esos comunes enemigos, la Francia republicana está en peligro. La natural defensa, no menos que la conciencia de lo justo, obliga a que los republicanos de hoy prosigan la campaña de aquellos grandes ciudadanos de la Época Segunda. Es obra de solidaridad y es obra de defensa.

Animo, pues no hay tiempo que perder. Levantáos, levantámonos todos de nuestra postración ya casi secular, ape-

nas removida por pasajeras emociones que nos acercan y nos unen.

Trabajad, trabajemos. Que los republicanos españoles cumplan con su deber: su deber de patriotas, su deber de hombres libres, su deber de europeos llamados al concurso de pueblos superiores.

Guerra al clericalismo, sin tregua, ni reposo, ni desfallecimientos, ni blanduras. Guerra heroica, la grande guerra, la Cruzada con que termina un siglo y con que hemos de conquistar la paz del siglo nuevo.

«Animo, pues, republicanos españoles: mirad que no estáis solos!»

¿Cuál era el deber de nuestros hombres importantes? Responder digna y valerosamente a ese acento de esperanza que nos viene de fuera, más que con palabras que el viento apaga, con actos que demostren propósitos levantados.

Pero, nada; callarán todos, por no comprometerse a nada que pudiera apartarles un día de la cómoda actitud que han tomado.

Dícese que van a ir varios de los nuestros al Congreso republicano que próximamente se celebrará en París. Que no vayan si han de desempeñar allí el papel que aquí representan. Este es uno de los pocos casos en que tendría justificación lo de «la ropa sucia se lava en casa».

Y A PROPÓSITO

Quien quiera que fuere el que haya influido para que sean invitados los señores Pi, Azcárate, Muro, Morayta, Blasco Ibáñez y Ladeveze para asistir a ese Congreso, ¡por qué no se acordó de dos, que para el caso reúnan condiciones especiales, Salmerón y Estévez?

Por lo que el primero vale y por lo que ha sido, y el segundo por lo que ha sido y por lo que representa; debieron ser invitados en primer término. Reunen además los dos, por el mucho tiempo que han vivido en Francia, el segundo especialmente, una condición indispensable, que les falta a varios de los invitados: el hablar a la perfección el francés.

No discuto a los invitados; algunos de ellos están bien elegidos; mas creo que para dar del partido republicano una idea elevada, hacían falta esos dos.

Así como reconozco que, si se tratara de llevar al extranjero la idea de lo mal que estamos, no holgarían ciertos nombres de esos; más aún: sostengo que estarían cpidadadamente y con conocimiento de causa esgocidos.

Allá veremos. Me alegraré equivocarme, y que las conferencias sirvan para que los extranjeros queden satisfechos de la alteza de miras y salvadores propósitos de los republicanos españoles, sobre todo en la cuestión del clericalismo, que es hoy el caballo de batalla en las naciones latinas.

Dicen los que se ocupan de estas cosas, que el número de fieles que se han acercado al miércoles de ceniza de este año en Madrid a la Mesa Eucarística (¿se dirá así?), ha sido muy superior al de los años anteriores.

Naturalmente; salen del baile, y se cuecen en el templo en busca de emociones y contrastes.

Y si no fuera eso, sería algo peor: la necesidad que sientan los pueblos envilecidos de pedir al cielo la misericordia que no les concede su propia conciencia.

El programa de esos

«Por más uniones de hombres que sólo estudian la regla comercial de tres ó de compañía y que viven del tanto por ciento, y aunque se empeñen en hacer ver que la nación les sigue porque lleven a su lado en ocasiones dadas a unos cuantos obreros, nunca podrán imponerse a las demás clases sociales, ni aun cuando banqueteen de la noche a la mañana, y viceversa, en Valencia ó donde les dé la gana.

Si se declarasen Convención Nacional, que no se declararían, por razones que ya hemos expuesto antes de ahora, si fueran derechos al bullo, es decir, si alzándose con la ayuda del pueblo y de una parte del Ejército contra todo lo absurdo, lo perjudicial, lo sucio, lo deshonroso, contra todo lo que estorba, empezando por los jesuitas, los frailes y el clero ultramontano, iniciaran la revolución, otra cosa sería desde luego, porque entonces tendrían de veras a su lado al pueblo soberano, que, aunque desconfiado de la burguesía y temeroso de nuevos engaños que le impidan romper sus cadenas, no dejaría de allanarles la espionosa senda que trataban de seguir.

¿Pueden hacer esto los comerciantes? ¿Lo harán los sindicatos de los gremios que a ellos prestan su apoyo?

Los que tienen poco ó nada que perder se juegan fácilmente la vida en ocasiones dadas, porque con la pérdida de aquélla casi les hacen un favor; pero el rico comerciante, el industrial acomodado que tiene una fábrica ó un taller acreditados, no creemos que estén prontos a sacrificarlos al bien común, ni a exponer su libertad y su existencia a los azares de la suerte, sólo por patriotismo y por haber cenado juntos una ó muchas veces, debiendo rom y champagne para entusiasmarse en los brindis de sus banquetes.

«Desengáñense los cándidos, los sencillos, los inocentes corderos que pastan acaso la fresca yerba de los verdes prados a la vista y bajo el cuidado de sus guías y pastores, pues como éstos no se atreven con los lobos cuando son muchos, el rebaño se verá acometido con frecuencia, pereciendo los menos listos y yendo los demás al Macabeo público a sufrir la muerte en una forma distinta para utilizar sus carnes y sus pieles.

Quedamos, pues, en que no hay salvación para España sin que haya un 93 francés, y un derribo

de la Bastilla española, y una horca en cada calle, y una hoguera en cada pueblo.

«¿Hay valor? ¿Hay coraje? ¿Hay abnegación y verdadero amor a la libertad? Pues venga esa Convención Nacional a no dejar piedra sobre piedra hasta reformarlo todo y edificar de nuevo la casa de los desheredados, de los pobres, de los que tienen hambre y sed de justicia, de los que no quieren sufrir más tiranos, ni más explotadores, ni más fariseos políticos que con sus discursos den al pueblo dormideros y con sus ofrecimientos pongan la miel en sus labios, para luego arrancarle sus esperanzas, vender su patrimonio y arrastrar su honra por el lodo y la inmundicia.»

«Con la Convención nacional, con una junta magna que, encerrada en sitio seguro, pero en comunicación con todas las provincias, recoja el manto de la soberanía de la nación y extienda su mano para imponer a sus verdugos, legaríamos en breve a la regeneración tan deseada; pero hablando, pidiendo de rodillas, y escondiendo el bullo cuando empezamos a correr vientos huracanados y se avecinan tempestades furiosas, ni se adelanta una línea, ni se hace más que imitar a Don Quijote el de Cervantes cuando arremetía con su lanza a los molinos manchegos.

(El Chamoí Zaragozano.)

Vamos, que esto tiene gracia; no puede negarse.

Refiriéndose a la próxima peregrinación a Roma, dice el arzobispo de Sevilla:

«Las circunstancias de nuestra patria, y sobre todo, el estado de nuestras bolsas, después de tantos quebrantos públicos, que han redundado en daño no leve de la fortuna privada...»

«Pero qué, se le ha rebajado el sueldo a los obispos sin que los impíos nos enteremos? Porque yo creo que lo mismo cobran hoy que antes de las ruinas sufridas. Desgraciadamente.

Y siendo así, ¿a qué viene lo de nuestras bolsas? ¿No habría sido más apropiado decir nuestras?»

En verdad que hay arzobispos muy bromistas.

¡OH, LOS JESUITAS!

No hay nada tan irrevocable como la irreligiosidad de los religiosos.

Entre los cristianos, los católicos son los que más escarnecen los preceptos fundamentales en que se informan los principios dogmáticos de la Iglesia cristiana.

Ellos, los católicos, calificámonos de impíos, heterodoxos y sacrilegos herejes a cuantos no comulgamos en sus creencias; y al mismo tiempo, haciendo caso omiso de cuanto se dispone y ordena en el Decálogo mosaico, adoran ídolos, celebran fiestas supersticiosas y se congregan en templos suntuosos en los que se olvidan de las cosas del cielo, para rendir tributo a las mundanales galas y armoniosas esplendores de un culto pantomímico, deslumbrador, efectista y eminentemente teatral. Los católicos han hecho del cristianismo una religión fastuosa, y los jesuitas, remachando el clavo, han convertido la casa del Dios de los humildes, en palacio aristocrático.

En vano iréis a los templos jesuitas en busca del Cristo enérgico y sublime que murió en el Gólgota por flajelar con sus agudos apóstrofes el rostro de los perversos escribas y de los fariseos hipócritas; no lo hallaréis, pero en cambio veréis sobre pagánicos altares de un lujo imponderable, radiante de esplendores oropelosos y regiamente traído un Jesús risueño, de labios sonrosados, de facciones bellísimas y formas femeniles, imagen fiel de la horrible decadencia en que esta infortunado pueblo español, torero é ignorante, beato y cruel, que se mueve caminando hacia atrás impulsado por el espíritu infernal de los volutas, se consume y degrada.

Los ignacianos han pervertido el cristianismo con sus innovaciones pagánicas.

Las señoras aristocráticas, esas impenitentes Magdalenas de sangre azul, están encantadas de la cortésia mistidinamente amorosa con que son por los ignacianos tratadas. Allí, en los suntuosos palacios jesuitas, jamás oyen palabras de reprobación; nunca ven, por la boca de los sabios jesuitas, condenados sus incesantes y adulterinos devaneos amoratorios. El jesuita promete el cielo superior, el logoteseo, a todo el que tiene dinero y espléndidez para pagarlo, sea pecador de la clase que se quiera.

Jamás ignaciano alguno niega a una dama de alto copete la absolución, por pecadora que se la pueda suponer; porque los jesuitas lo que buscan es la capción de cuanto huele a riqueza y está en situación de producir.

¡Oh, los jesuitas!... Su industrialismo es sorprendente. Se filtran por todas partes; traspasan todas las puertas donde hay que sacar, con una monita, con una cortésia tan dulce, tan armoniosa y tan admirablemente páfida, que encantan a cuantas personas tratan de seducir, y triunfan, y descomulgan, y gobiernan omnipotentes. Los jesuitas reunen en sí todos los vicios de la más refinada herejía. Ellos, con tal de acumular riquezas, son capaces de todo. Son sacrilegos, porque comercian con las cosas del cielo. Son antievangelistas, porque faltan con el Injo desenfrenado con que revisten todas las ceremonias exteriores del culto, los preceptos evangélicos del Cristo humilde. Son impíos, porque viven de la explotación y jamás tuvieron caridad. Son ateos porque no adoran otro Dios ni se prosternan ante otra grandeza que no sea el vellino de oro. Son feroces, y en su ferocidad increíble, deicida, han llegado hasta a arrancar el corazón al propio Jesús, para explotarlo tan divina ciscera en el culto sacrilego de inconcebibles devociones...

Nunca veréis a los jesuitas rodeados de

los pobres, pero, en cambio, hallaréislos siempre rodeando a los ricos. Ellos, con tal de acumular riquezas todo lo vulneran. Los jesuitas escribieron el *Syllabus* condenando la ciencia y maldiciendo la libertad; traguaron enormes infamias para perturbar el sosiego del mundo y perpetraron crímenes abominables para saciar su ambición desmedida y dar pábulo a sus infernales venganzas.

Como ante nada se detienen, como jamás retroceden en sus empeños de dominar la sociedad, ésta ha estado—y sigue estándolo—en guerra perpetua con los señores de la Compañía.

En todas las malas obras, han tenido parte los jesuitas. Se les da con frecuencia el título de *sabios*, pero no es muy explicable la sabiduría de esos hombres que jamás, a pesar de los grandes medios de que disponen, han hecho prácticamente cosa alguna grande y salvadora en pro de sus semejantes.

La Compañía es poderosa, riquísima, inmensamente poderosa y rica; pero es infinitamente más egoísta y taimada que rica y poderosa. El jesuita desprecia a los pobres porque nada explotable poseen, y adula a los ricos para saciarles cuanto tienen. En cada casa rica, junto a cada familia adinerada, veréis un ignaciano que todo lo maneja y dispone: es el *confesor de los señores*. ¿Cuántos jesuitas habéis visto en las casas de los humildes?

¡Ah!... los loyolas saben muy bien lo que se hacen. Vale más un P. Montañá, omnipotente confesor de regias personas, que todos los párrocos juntos de la nación. Desde los palacios se gobierna fácilmente a la plebe proletaria pero no es tan posible dominar a la realeza aristocrática desde las viviendas de los pobres...

Jesús llegó a ser Cristo (crucificado), frecuentando las casas de los pobres y confraternizando con los humildes. Los jesuitas, viviendo en los palacios y sirviendo a los poderosos, han llegado a ser los señores del mundo.

Esto se llama, en términos tan poco respetuosos como expresivos, *batir el reort* al divino maestro. Nada menos debía esperarse de la omnisciente sabiduría de los ignacianos...

¡Oh, los jesuitas!... Los jesuitas son capaces de todo, de todo; hasta de dar lecciones de prudencia al mismísimo Redentor del mundo...

DONATO LUBEN

La Superiora del convento de la Congregación del Sagrado Corazón, en Amiens, ha sido condenada a ocho multas por otras tantas infracciones de la ley sobre el trabajo de las niñas. La prensa está indignada por los abusos que se cometen en los conventos.

Me parece una majadería lo de la prensa. Mientras haya conventos, habrá abusos, inmoralidades y hasta crímenes. ¿Por qué, pues, en vez de indignarse, no trabaja sin descanso hasta conseguir la supresión de esos asilos que en nombre de la caridad se han fundado para profanar esa palabra?

¡Cuánta fuerza se nos va por la boca a los liberales de todos los países!

LAS DENUNCIAS DE LOS PERIÓDICOS

Como en España generalmente se desconocen los derechos, y cuando no acudimos al favor y a la benevolencia antes que a demandar justicia apurando todos los recursos legales contra las demasías del poder, toleramos toda clase de abusos y no nos cuidamos de corregirlos, como no nos cuidamos tampoco de la gotera en tejado ajeno.

La prensa periódica sufre y padece también las consecuencias de esta manera de ser española, ya porque ha encontrado la manera de burlar la ley con el director responsable de lo que no escribe, con el diputado amigo que patrocina y hace suyo el artículo denunciado, o con la esperanza del sobornamiento o del indulto, sin parar mientes en que esta manera de salir del paso ha perjudicado los intereses del periódico, así como los del abonado, y aun del mismo anunciante, a quienes se les priva de un derecho legítimo, sin compensarlos en modo alguno.

La ley de policía de la imprenta tiene determinado de un modo taxativo lo que es constitutivo de delito, de lo cual no se puede tratar sin incurrir en responsabilidad. Se puede hablar de la monarquía; no es lícito discutir al monarca. La Iglesia, como institución, hay que respetarla, pero no está condenado censurar los actos de los prelados.

Es contrario a la ley atacar a la disciplina del Ejército o decir algo por cuya virtud pueda quebrantarse, pero es lícito censurar a los generales y combatir hechos realizados por los mismos. Dejando aparte estas materias, así como la acción privada que compete al particular para querrelarse, dentro de las prescripciones de la ley de imprenta cabe hablar de todo, sin riesgo ni temores, amparados perfectamente por el derecho. Es claro que los ataques a la moral y cierto lenguaje demasiado naturalista es mejor no emplearlos, por cuya razón no hacemos capítulo de esto.

Ahora bien: ¿por qué el periódico político que se ve perseguido un día y otro día, secuestrado su edición y privado de cumplir sus compromisos con el público, por la gentilidad de un ministro, por el mal humor de un gobernador o por el celo excesivo de un representante del ministerio fiscal, no ejerce su derecho y hace uso de las acciones que la ley le reconoce para reclamar y obtener reparación del daño y satisfacción del desahucio?

¿Por qué el periódico, que ya representa algo más en la esfera social que el infeliz ciudadano a quien se persigue por un grave error de la policía, o a quien se encarcela por sospechas y se le tiene sometido a un procedimiento que le ha costado lágrimas, disgustos y desconcertación moral, de la que no se repara fácilmente, mandando luego a su casa con esa fórmula que, en fuerza de severa, aparece ridícula, no ha de intentar en cada caso la reparación, solicitando el

resarcimiento del daño? ¿Por qué no acude solicitando la responsabilidad del funcionario, sea de la clase que fuere, que le causó el daño? Porque aquí no se consigue eso nunca—se nos dirá. Nada tan inexacto ni destituido de razón. Los funcionarios gubernativos, como el ministerio fiscal, son responsables ante la ley; y si aquí no se ha logrado nunca hacer efectiva esa responsabilidad, consiste en que ni hemos sabido plantearla, ni hemos tenido los alientos necesarios para sostenerla. Ha bastado que, si alguna vez se ha intentado llegar a ella, se nos haya acercado cualquiera de esos oficiosos que viven al día de la merced y del favor eternos, y nos haya dicho: ¿Qué va usted a hacer? ¿Va usted a ponerse mal con don Fulano? El cuerpo de fiscales se le pondrá a usted enfrente, la magistratura le tomará a usted ojeriza, y el día que caiga usted, ya verá lo que sucede. Díjese, dejése usted de tonterías—así, con un desconocimiento inaudito, califica de tontería al ejercicio de un derecho—y no se meta en honduras. Deje usted que el mundo corra, y no provoque usted las furias de los poderosos.—Y con esta catilinaria y un encogimiento de hombros, hemos rasgado la manta e inutilizado el trabajo preparado para intentar la acción; y las denuncias se suceden, y los abusos se centuplican, y la impunidad llega a convertirse en letra muerta de la ley, y en mito el derecho consignado en la Constitución de exponer libremente nuestras ideas por medio de la prensa, sin que la famosa Asociación, que tantas fiestas da en su beneficio, disputándose todas las clases tenerla a su devoción, haya dado señales de vida en materia tan interesante, y que tan gravemente afecta a los asociados.

No tendrá el periodismo español derecho a quejarse del cúmulo de abusos, atropellos, excesos de autoridad que se cometen a diario, si tolera y soporta con admirable mansedumbre el abuso de la denuncia impropia, del secuestro del periódico, hecho con escándalo, y de la imposición de dos penas cuando de un solo delito se trata.

Si se intentara una acción enérgica, no se perjudicarían los mandamientos de registro y secuestro de edición, ni las denuncias fiscales serían tantas, ni los sobornamientos que registra la estadística criminal acusarían, por su excesivo número, como se procede contra los ciudadanos por simples sospechas, sin el más ligero fundamento.

La prensa no debe limitar su acción a defender al director o al redactor responsable del artículo o número denunciado; debe acusar, debe exigir responsabilidad, debe excitar a que la ley sea igual para todos, y más severa aún con aquellos funcionarios más ajenos al servicio del poder que al ejercicio del derecho, más ajenos en complacer a un ministro que en cumplir con el precepto legal y con la altísima misión de su ministerio.

También los fiscales son responsables civil y criminalmente, como los funcionarios de la administración de justicia, responsabilidad establecida en la ley orgánica, equiparada a la que la misma determina respecto de jueces y magistrados.

El miedo es muy mal consejero e impropio de hombres fuertes en su razón y seguros de su derecho; y el miedo a los tribunales, tan generalizado en España, perjudicará, si las clases y elementos directores, y más singularmente la prensa, llamada el cuarto poder del Estado, sigue contagiada de esa misma dolencia y tiembla ante un birlele ó ante una toga.

Los que tanto claman a diario demandando regeneración, señalando vicios sociales y alardizando de atropellos contra derecho y contra ley, ¿tienen lo primero para la regeneración apetecida. Desprecian el favor y la benevolencia y seguir el camino recto de demandar el derecho en cada ocasión y en cada caso, y así habrá predicado con el ejemplo, que es la mejor de las predicaciones.

Insistiremos sobre esto; y si llega a reunirse la Asamblea republicana, será una importante cuestión a tratar en ella, a cuyo efecto llamamos la atención de nuestros compañeros para que tomen nota.

A. A.

El general Polavieja, en unas declaraciones políticas hechas a un redactor de *La Patrie*, ha dicho:

«Nosotros hicimos la guerra y la paz por salvar la monarquía.»

Lo sabíamos, pero bueno es que lo hayan dicho labios tan autorizados.

Se tendrá en cuenta cuando llegue el momento de exigir responsabilidades.

BOCETOS

¡Tenía que suceder! La chispa ha saltado en Burgos; es posible que se propague el incendio. Un periódico carlista, sosteniendo una violenta campaña, con un injurio a las señoras que asistieron a los bailes; los socios del Círculo han estropeado la redacción e imprenta del periódico y protestado ante el convento de Carmelitas por creer a los frailes iniciadores de la campaña.

Es inaudito que esos caballeros, amparándose con la religión, la profanen y escarnezcan, no atendiendo más que a sus miras personales ó a consignas de partido político; creer que la religión y la política pueden casarse, es un absurdo, un crimen de lesa sentido común.

Los que visten hábitos religiosos, los recibidos de Ordenes mayores ó menores, no pueden, no deben ingerirse en otros asuntos que en los propios de su religión; sin embargo, hacen cátedra de política desde el púlpito y consejo de la vida privada desde el confesionario.

Y los periódicos locales, fundados con el sólo objeto de satisfacer personales venganzas, caprichos chavacanos, murmuraciones de localidad? Esos no debían existir, y la Prensa verdad no debía reconocerles ni patente de corso, considerándolos como hojas anónimas; de ese modo se evitarían especulaciones como el de Burgos, que ha sido la explosión de la chispa. ¡Quiera el destino que no se propague el incendio!—A. E.

(La Correspondencia Militar).

Los que principalmente protestaron de la conducta del periódico fraileño—carca fueron los militares, artilleros en primer término.

Ya se irán convenciendo todos los liberales de que sería mejor, para no tener que combatir a los carlistas en los campos, desenmascararlos y acabar con ellos ahora.

Este es el secreto de toda la política de El Motín.

Hablando Villegas en *La Epoca* de lo que han dado en denominar inmoralidad, dice:

«La inmoralidad de una acción fingida en la escena es mucho menos peligrosa que la inmoralidad real y verdadera en la sala del teatro... Ideas mucho más pecaminosas que una frase atrevida pronunciada por un cómico, inspira, por ejemplo, el descote provocativo de una señora de buenas carnes, la cual muestra, entre sedas y encajes, el seno desnudo que sólo deben ver los ojos inocentes de sus hijos pequeños, si por acaso tan desarrollados pechos cumplen los santos fines de la maternidad.»

En épocas de corrupción como la presente no hay quien entre por eso; se reconoce que es una gran verdad, pero nadie le rinde culto. Se prefiere, como aquella pudorosa sorprendida en cama, taparse la cara con el faldón.

El mal y el remedio

De los ganados católicos perturbando las cabezas, los vientos de Monte-Jurra vuelven a soplar con fuerza. Convierten los tonsurados los pulpitos en trinchera, y de sus bocas... de fuego se oye el rugido en la iglesia. Ya es un magistral hidrófobo el que furibundo truena, a los pobres liberales poniendo de vuelta y media;

ya un alacrán de Loyola quien les pica con fiereza; ya un parroco que a morderles con rabia feroz se apresta; ya un cura que a media noche en Barcelona espolea la furia de la canalla que a la libertad execra;

ya unos frailes que allá en Burgos un papelucho costean para insultar a señoras en lenguaje de taberna; ya un concejal que en Fitero propone con rabia nea que truequen por el de un santo el retrato de la reina.

No hay cofrade ni beata, ni monago rapavelas que del bético entusiasmo ya los impulsos no sienta. Es un campo de Agramante cada religiosa juerga, cada rosario un tumulto, un jollín cada novena.

Las alimañas caraduras que antes bogaban dispersas, hallan en claustros y templos confortable madriguera. Entre ahullidos y rebuznos predicán allí la guerra

los que la nostalgia sienten de Olot, Igúzquiza y Cuenca. Entusiasmado el concurso de zorras y comadrejas, lobos y hurones piosos, arma católica gresca, y a la Inquisición da vivas, y a la libertad da muertas,

de rezos é interjecciones en edificante mezcla. Mas como es fuerza que acaben tan serénicas escenas, pues que justicia y cultura de consuno lo aconsejan, para curar esa fiebre que agita a la hueste negra puede el gobierno hacer uso de la siguiente receta:

Tómese acobucha ó Fresno, un bozal y una cadena, y aplíquese al paciente, después de tenerlo a dieta.

¿Qué tal será el cara de Brimorto, cuando los vecinos de Cheta, que tienen que soportarlo ahora por arreglo parroquial, se niegan a hacerlo, alegando que tiene malas costumbres, y es dado al peleón y a las hembras, habiéndoselo dicho así al arzobispo de Santiago, que por cierto recibíoles con escasa bondad evangélica?

Siento tristeza infinita al pensar que a los 19 años de publicarse *El Motín*, no haya logrado moralizar a todos los curas y hacer humildes a todos los obispos.

¿En qué país vivimos?

Al paso que vamos, el hábito de cualquier orden religiosa será salvoconducto de impunidad. Y es de lamentar que los funcionarios encargados de la administración de justicia guarden todavía respetos a esas asociaciones que, cuando más, merecían ser reputadas como ilícitas, por no estar comprendidas en el Concordato.

Hace poco circuló por toda España la noticia de haber quedado muertas, bajo escombros, unas infelices asiladas que en un establecimiento benéfico de San Sebastián trabajaban de madrugada, en la ligera tarea de *ABRIR ZANJAS* al pie de un muro, bajo la

inspección y por mandato de las cristianas beatas directoras del asilo.

Pues hasta la fecha, que sepamos, ningún correctivo se impuso a esas *caritativas madres* aun cuando a todas luces resultaban responsables de un delito, ó más bien dicho, de varios delitos por imprudencia temeraria, amen de manifestas infracciones de otras leyes y reglamentos.

La prensa de Barcelona, recientemente denunció inquisitoriales procedimientos de fuerza que empleaban las monjas encargadas de la cárcel de mujeres y de que fué víctima una reclusa francesa, al poco tiempo absuelta por tribunal competente, cuya denuncia hizo intervenir a los agentes consulares, siquiera no llevasen su gestión hasta donde debió llevarse, ó sea hasta procesar a las furias de blancas tocas que así violan el derecho de gentes y la legislación del país.

En Málaga estamos cansados de denunciar crueldades ejecutadas por las *seráficas madres* y hermanas de San Vicente de Lérida, que hechas dueñas absolutas de los establecimientos benéficos, escandalizan con sus actos, punibles a todas luces, sin que se ponga coto a tales desmanes.

En el Hospital civil están los dementes mucho peor que *forzados* de presidio; a los repatriados enfermos, y a pesar de las enormes cantidades facilitadas por la Cruz Roja, se les suministra como alimento *boquerones*, lo que constituye un crimen, pues no nos cabe en la cabeza que los médicos receten *emplastos* de arroz y boquerones a los enfermos.

La farmacia del Hospital también la regentan las hermanas, siendo horroroso lo que se cuenta sobre las medicinas. Estos hechos y muchos más que hemos publicado, los han oído como quien oye llover.

Se han formado expedientes irrisorios, y cuando nos parecía que esos expedientes se habían perdido, los recordamos de nuevo y el juzgado intervino en estos escándalos y delitos.

Ante ese juzgado hemos probado todas nuestras denuncias. ¿Y qué? Que la Superiora y C. continúan en sus puestos riéndose y alardeando en público con el mayor cinismo, de que *todo les tiene sin cuidado*.

En el Asilo de Santo Domingo se trata a los niños y ancianos como a bestias de carga, llegando la fiereza de las hermanas, según de público se dijo, a meter a un niño asilado de cabeza en el retrete.

El asilo de San Manuel es otro *antro* de inmoralidades, perpetradas por esos *modelos* de virtudes.

Una hermana de la caridad se fuga y arrastra con ella a una asilada, según puede verse en el almanaque de *La Bomba*; promueven una serie de escándalos en Málaga, reparten entre empleados de la Diputación las insignias religiosas que ostentan para cubrir su hipocresía, y ni siquiera las meten en la cárcel por actos deshonestos y escarnio a la religión que explotan.

Ahora ya lo vemos en los relatos de los periódicos.

En un convento de Madrid, en plena capital del Estado, mata ó matan, (esto está por averiguar) a una monja, y dan parte del suceso a un médico a las catorce horas de la defunción, llega el juzgado y se contenta *cosa escuchar, de labios de la Superiora*, que ignoraba lo que disponía la ley en esos casos.

No se procesa a nadie, no se detiene a nadie, y la muerte, muerta se queda, dando lugar a que la pública opinión se estravice, hablando unos de accidente, otros de suicidio y otros de asesinato, sin que legalmente a nadie pueda quitarse ni darse la razón.

¿En qué país vivimos?

Hora es ya de saber si la Iglesia es protegida ó dominante en España; si los eclesiásticos y congregaciones religiosas disfrutan de fuero especial ante la ley civil, ó si están sujetos cuando delinquen a la jurisdicción ordinaria.

Y lo mejor sería la desaparición de las abominables madrigueras de mercantilismo religioso, llamadas conventos.

Y que en los establecimientos benéficos como hospitales, asilos, etc., regentados hoy por esa manada de *palomas* que llaman *madres* y hermanas de la caridad, prestasen servicio verdaderas madres y verdaderas hermanas de sus semejantes, que poseyendo un corazón noble y tierno, muy diferente al metalizado de las otras, auxiliasen con sus consuelos y sentimientos humanitarios al desgraciado.

Así ganaría el sosiego del hogar de los ciudadanos, la moralidad pública y la religión misma.

(La Bomba, Málaga.)

ESTO CONSUELA

Los republicanos de Reus, en número de 4.000, han conmemorado la luctuosa fecha del 1.º de Marzo de 1838 en que 133 valerosos reusenses dieron la vida en lucha con los carlistas.

La Autonomía, en un artículo titulado *¡A la manifestación!* se expresó de esta brava manera:

«Hoy que el absolutismo está envalentado por los halagos y concesiones de que la torpe y criminal política imperante le hace objeto, es oportunísimo que quede demostrado por modo evidente, que no hemos renegado de la libertad y que nuestro envilecimiento no llega a tanto que hayamos dado al olvido los queridos nombres de los que en defensa de la libertad, luchando con las hordas absolutistas, derramaron generosamente su preciosa sangre.

Ni tan faltos de alientos estamos que vayamos a la tumba que guarda las cenizas de nuestros abuelos movidos sólo por un senti-

miento de admiración por su heroísmo que nosotros no sabríamos imitar. No; al descubrirnos ante los que por la libertad perdieron la vida, al depositar sobre su tumba una corona, hacemos algo más que tributarles los honores debidos; renovamos por modo solemne nuestro juramento de amor a la libertad sobre todas las cosas y reiteramos nuestra promesa de defenderla con arrojo hasta perder la vida antes que consentir arraigada en el suelo de la patria regada con tanta sangre liberal, maldicidos principios absolutistas, perturbación constante de nuestra existencia, vergonzoso borrón de nuestra historia.»

En medio de tantas decepciones, tantos desengaños, tantas cobardías, ¿qué bien suena al oído este lenguaje enérgico, viril, y que es el mismo que emplearon nuestros padres y abuelos para conquistar y legarnos la libertad que no hemos sabido servir, conservar, ni embalsamar.

Al oírlo, se agranda el espíritu y se exclama entusiasmado:

«Pero si no puede ser! ¡Si esto es una nube pasajera! ¡Si por mucho que dure, esto no puede durar mucho!»

Y esto consuela y fortalece.

Llegaron a Arriate unos viajeros de comercio, fueron a casa del párroco para asuntos de su profesión, y porque no se descubrieron ante una placa, el coadjutor les injurió y amenazó con meterlos a estacazos.

La diferente manera de ver las cosas. Yo tengo una placa a la puerta de la redacción, y me regocija el ver que cuantos me visitan se alegran y me dan bromas al verla.

Verdad es que yo no soy cura ni vivo de las placas.

LA ÚLTIMA TRAMPA

«Reflexionando acerca de este asunto, cualquiera que se ocupe algo de la historia política contemporánea, no podrá menos que reírse, porque en primer término verá que los representantes y representantes de esas epilépticas asambleas son los mismos que desde hace veinticinco años han cooperado con su indiferencia, pues se llamaban *clase neutra*, a consolidar un régimen político del que ellos maldicen, en cuanto han creído que quedaba a guisa de *algauna peseta*.

Esos *neutros* de atrofiados cerebros y de corazón insensible por las insanas ideas de lucro y sentimientos egoístas, han permanecido sordos, mudos y ciegos, viendo como este pueblo era arrastrado a la más negra ruina, a la degeneración más infame y despreciable y al más espantoso ridículo en que a los ojos del mundo ha caído España.

Todo esto ha sucedido sin que nunca esos elementos, hoy tan hirvientes y exaltados, tomaran parte en la lucha cruenta y titánica que el verdadero pueblo sostuvo entonces por su dignidad y su historia, y sostiene aun por regenerarse y vindicarse.

«Ese partido, embrionario todavía, no tendrá existencia real ni podrá representar la opinión de la mayoría del país, porque a sus hombres les falta la constancia del que lucha por ideales sublimados por tonas porfía y lo ciega, cosas que no pueden comprender esos hombres *neutros* que han permanecido indiferentes ante la angustia de la patria en los momentos críticos en que cruja las puntas del edificio español, hecho pedruzcos por aquellos abandonos.

Estos ciudadanos que abominaban de la política, que se jactaban de no votar por nada ni por nadie, no pueden albergar en sus pechos los puros raudales de civismo para llevar a cabo la evolución salvadora que la patria exige, para una verdadera regeneración, pues para ello es necesario saber ir al martirio con tranquila entereza, sacrificando en bien de sus conciudadanos la familia, los intereses, la libertad y la vida; y ellos, en los momentos más aflictivos para la Nación, en los pasados días de angustia, más se ocupaban de las oscilaciones del cambio, que de las peripecias de la guerra.

Es necia, pues, la pretensión de esas gentes, porque piénsese ahora, después del mal causado por su indiferencia y egoísmo, a florar por el ser que dejaron morir en el mayor abandono; pero como prueba evidente de su póstumo carino, acuerdan *¡oh amorosos deudos!* no pagar los médicos que le asistieron, ni los gastos del entierro.

Pero a fe que si España hubiera salido triunfante de sus empresas coloniales, se hubiera llamado a la parte en el botín.

Ellos son los que al correr la noticia de la llegada de la esquadra yanqui a los puertos españoles, tenían decidido izar bandera blanca, y ellos los que buyaron cobardemente al monte.

Cuando la patria hecha mil pedruzcos reclama heroicos esfuerzos para poder salir de la tremenda sima en que la hundió el egoísmo, la apatía y la indiferencia de esa *clase neutra*, sale ese rebano de especuladores, mercachifles y obreros apócrifos, sin fe, sin ideales y sin soluciones prácticas, a querer apoderarse del gobierno para rebajarse la cuota contributiva, como si no existieran elementos sobrados en los sanos partidos militares para levantar a España y llevarla a una regeneración moral y material, elevada y completa.

Un resumen; la creación del nuevo partido de Unión Nacional, acordada por los asambleistas de Valladolid, sólo significa pretender hacer la última trampa, como el jugador fullero que pierde a pesar de sus muletas y concluye por no pagar.

Después de todo han estado en carácter, porque a una época de farsantes corresponde una asamblea de faroleros.»

(El Crisol, Sevilla)

El manejo de "El Fusil,"

Hemos visto con satisfacción, dice *El País*, que una gran parte de la prensa liberal se ha hecho eco de nuestra denuncia contra ese papelucho hipocrita y tonto que se cree listo, llamado *El Fusil*.

Le acusábamos de carlista, primero; después probamos que lo era; *El Fusil* calló; *El Correo Español* idem, porque el aprieto era grande. Si *Encas*, por su nombre Remigio Bolaños, negaba su filiación carlista siendo redactor jefe de *El Correo Es-*

pañol, los caracundas que hace años le miran muy mal y no aprueban que publique periodiquitos disfrazados de liberales, lo habrían reventado; si declara que es carlista y por lo tanto ese es el ideal de *El Fusil*, adiós venta y adiós público de tontos que le toman por liberal y de los avanzados.

El Correo Español no podía salir a la defensa tampoco sin comprometer a su redactor jefe y comprometerse él.

Está probado que Bolaños, carlista y al frente de la redacción del periódico oficial del carlismo, es propietario y fundador de *El Fusil*, semanario que no solamente aparece como liberal, sino que se las echa de socialista y petrotero. La farsa está manifiesta, pero, ¿cómo declararla? Inconvenientes de ser liso y meterse en infundios.

Nosotros, firmes en nuestro empeño de desenmascarar farsantes, nos limitaremos por hoy a referir los manejos de que se ha valido Bolaños para hacer un negocio suyo personalísimo y a la vez propagar el virus carlista.

En el verano de 1896 publicó *La Estaca*, semanario incoloro, impreso en papel malo de color, distinto en cada número. Lo componían y tiraban en la misma imprenta de *El Correo Español*: el mismo sujeto era administrador de ambos.

La Estaca decía que iba a pegar a todo bicho viviente; pero la opinión liberal la rompió.

Con el pedazo más grande y unos manojos de paja y de alfalfa, ordinario alimento de los caracundas, formó *Eneas La Escoba*. ¡La escoba, la escoba! El carlismo, además de hipócrita, rastreo, servil e ignorante, es burdo y brutal: no concibe más que el palo y la brocha gorda.

Pero *La Escoba*, en vez de barrer lo que se proponía, fué barrida por los liberales. *El Nacional* creemos que fué el primero en desenmascararla; de modo que pronto se fué la paja por un lado y el palo por otro.

Dos periódicos liberales, llamados *El Garrote* y *La Trana*, se encargaron de acabar con aquel grosero utensilio de menegidas.

Desaparecido aquel periodismo de madera, *Eneas*, siempre en sus trece, sacó a la calle *El Fusil*, periodiquito largo y estrecho, mal impreso y peor hecho en papel colorado de envolver.

Durante unos meses apenas se fijó nadie en tan estrambótico esperpento; pero como *Eneas* cifraba en él su negocio para ayudarse a bien vivir, el hombre se ingenió, y he aquí su manejo de *El Fusil*.

Dióse buena maña para hacer creer a los correspondientes de los pueblos que su periódico era republicano, o socialista, o anarquista, u otra cosa, según las ideas dominantes en cada localidad. Esta ficción la sostenía fustigando fuerte, a veces, a tal o cual presbítero u obispo, con tal que no fuese carlista o necedalino, y a Comillas, a las empresas grandes u otros negocios y negociadores, no caracundas, por supuesto.

Por otro lado se convenía con los curas descubriendo el oculto carlismo de su papelucho, y, es claro, los correspondientes, al ver que el clero les molestaba por vender *El Motín*, *Vida Nueva* o *El País* y nada les decían de *El Fusil*, sino que muchos los animaban a expenderle si querían dar gusto al pueblo con una publicación radical, dejaban a los referidos colegas y apenaban con *El Fusil*, que así llegó a tener la exclusiva en las localidades más liberales, no sin ofrecer además libros casi pornográficos.

Este es el juego que hemos tenido la satisfacción de descubrir con tal éxito, que al primer artículo nuestro bajó la tirada de *Fusiles* en 5.000 ejemplares, al segundo en 9.000, y sigue la baja.

Eneas se desespera, metido en un círculo de hierro, sin poder decir que no es carlista, ni que lo es su *Fusil*, ni negar nuestros asertos, que probaremos.

El negocio personalísimo suyo, con el que pescaba tantos cuartos y se hombraba de propagar como nadie el carlismo disfrazado, se va desvaneciendo con ventaja de nuestros colegas liberales.

Hoy tiene *El Fusil* imprenta, que él llama propia; mas ¿saben ustedes quien la había organizado? El caracunda y silvestista vergonzante de Valentín Gómez para su *Ilustración Católica*.

Nada, el carlismo por los cuatro costados. Ya lo sabe el público incauto que desde ahora debe estar prevenido contra esas mixtificaciones carlistas; y cuando tenga alguna duda que nos consulte; seremos una especie de censor como lo tiene la Iglesia para decir quién es o no es católico de verdad.

¡Atrás, farsantes!

¡QUE CONTRASTE!

M. Bryan, el candidato presidencial demócrata que luchó contra Mac Kinley en los Estados Unidos, está entregado a una activa propaganda, y no pasa día sin que pronuncie un enérgico y violento discurso contra los Sindicatos y monopolios.

Ultimamente en Tampa, ante un concurso en que había buen número de millonarios que se encuentran allí invernando, dijo que esos Sindicatos han sustituido el mandamiento de la ley de Dios, no robarás, por este más cómodo: no robarás, sino en grandes sumas.

Acusó a la Suprema Corte de justicia de encubrir el robo legal, y atacó a los que dicen que el pueblo depende de los ricos, porque éstos, con sus legados para Universidades e institutos de caridad,

no hacen más que devolver una pequeña parte de lo que han robado.

¡Qué contraste! ¡Un hombre que aspira a presidente de una gran república combatiendo de ese modo a los que pudieran apoyarle, y aquí unos diputados sin nombre y sin historia, pues el que tiene alguna valía más no tenerla, apoyando con su palabra y con sus votos a las grandes empresas!

Cada vez va resultando esto más chico, más despreciable y más asqueroso.

En un solo día se han registrado en la ciudad de Murcia 42 robos, 41 atracos, un suicidio, dos muertos en riña, cuatro tiroteos en cafés y sitios públicos y dos colisiones entre ladrones y agentes de policía.

¡Son allí tan buenos católicos, tan devotos!...

IVIVA FRANCIA!

Hace pocos días que el *Heraldo*, con el título de *Un nuevo derecho*, anunciaba la próxima publicación de una reforma del Código penal francés, manifestando no ser delito el robo de un pan.

Aparte de la importancia material que consigo lleva el asunto, tiene una importantísima fase moral, pues con esa derrota a la rigidez implacable del Código, iniciada en el terreno de la jurisprudencia por M. Magnaud y protegida en el parlamentario por el hoy ministro M. Millerand, ha conseguido traer a la realidad de la egoísta y feroz vida burguesa algo de lo más importante de sus teorías (la satisfacción del hambre) el ilustre anarquista Kropotkin, autor de *La Conquista del Pan*.

Ahí, en esa humanitaria declaración de no haber delito en el hurto del pan, tendrá el gran revolucionario ruso una compensación a sus persecuciones y trabajos en pro de sus constantes ideales, algo que le compensará de sus encarcelamientos en Londres, de sus pesares de hombre calumniado y vejado por la grosera vulgaridad de espíritu de todos los burgueses, que no han querido ver en el humanitarismo del príncipe ruso, propagandista y mártir de su ideal, un continuador de aquel otro gran anarquista que hace diecinueve siglos fué considerado también como loco porque predicaba el desprecio a la riqueza.

Pero afortunadamente para todos, esos grandes hombres, como Jesús Nazareno, Kropotkin, Reclus y Tolstoy, hay una hermosa República francesa encargada de llevar las grandiosas concepciones de sus elevados espíritus a la realidad de los hechos. No en balde se hace atmósfera de ideas en los pueblos cultos y civilizados.

ROBERTO DE GALAIN

5 de Marzo.

UN HOSPICIO

Los niños del de Granada se encuentran en la misma situación lamentable que los de casi todos los hospicios.

En este tiempo crudo, la mayoría de ellos se encuentra sin ropas y el resto la tiene tan destrozada, que no puede resguardarse del frío.

Casi en el mismo estado se hallan los ancianos asilados, y sin embargo la Diputación provincial permanece muda, porque los diputados no se ocupan de tales pequeñeces y siguen tan tranquilos embutidos en sus sacos de pieles cobrando las dietas de tanta sesión inútil, sin recordar que mientras ellos pasean riñones en lujosos carruajes, los infelices hospicianos luchan con el hambre y con las pulmonías.

Y menos mal que algunos empleados les dan cada zurra con varas y látigos que los hacen entrar en calor, aun cuando llenándoles el cuerpo de verdugones y heridas.

¡Oh caridad cristiana, y lo que discurre para espantar el frío de los cuerpos débiles, y además hambrientos, y además desnudos!

Una cosa es predicar...

Entre los frailes que han caído sobre Bilbao, espantados de Filipinas por los tagalos, hay un agustino, Miguel Coto, que no deja de tener cierta instrucción y aptitudes para predicar, siendo su especialidad la de combatir desde el púlpito a Voltaire, Spinoza, Krause, Kant, Hegel, Schopenhauer, Darwin y otros filósofos, jactándose de haberlos apabullado.

En la noche del 14 de Febrero, después de darles un recorrido a esos ignorantes (f) evanecido, gritó con ademanes enérgicos: «¡Si, aquí estoy dispuesto siempre a discutir con todos esos pseudo-filósofos etc. etc. (Esos etcéteras suplen una porción de arranques y palabrotas brutales.)

Supieronlo al día siguiente los librepensadores bilbaínos, y nombraron una comisión, que se presentó en casa del valiente fraile a decirle que aceptaban el reto, dejando a elección suya las condiciones de la discusión, el día, el tema, etc. Sólo exigía que la controversia fuese pública.

El Padre negó haber lanzado semejante reto, pero que de todas maneras lo aceptaba y estaba dispuesto a discutir, si obtenía permiso para ello de sus superiores.

Contenta la comisión, despidióse y quedó en volver al convento (el que poseen en la calle de la Esperanza las Madres de dicha orden, que es donde los agustinos se hospedan), a las once del día siguiente, para concertar las condiciones.

Volvió efectivamente uno de los individuos y tropezó en la calle al P. Coto; aproximose a él, y a las primeras de cambio el fraile comenzó a gritar echando pestes del determinismo y preguntando qué títulos tenían los señores de la comisión para discutir con él.

Al ver en medio de la vía pública a un fraile agitando los brazos y dando voces, comenzó a reunirse público en torno de los conferenciados. Otro Padre, que desde la escalera del edificio presenciaba el suceso, bajó al arroyo y gritó: «Padre Coto, ¡dentro!»

Entraron el reverendo y el librepensador en el portal del convento, continuó la conversación en términos altisonantes por parte del acerquillado, con corrección por parte del librepensador, y terció de nuevo el otro fraile:

—¿Qué es lo que usted desea? —Llevar a mis amigos la respuesta que el P. Coto dé a nuestra proposición de ayer. —Y ¿quiénes son esos señores? —Una comisión de librepensadores de Bilbao. —Bueno; pues dígame usted que nosotros también somos librepensadores, y que, por tanto, podemos pensar libremente lo que nos dé la gana.

Después de referir los librepensadores de Bilbao los hechos en una hoja suelta titulada: *El P. Coto en el púlpito y el P. Coto en su casa*, ó *¡Tío, yo no he sido!*, añadieron:

«Vea el pueblo de Bilbao que la más afamada Orden católica rehuye la discusión con los librepensadores; vea el pueblo de Bilbao que cuando los ilustres hijos del Obispo de Hipona no aceptan pública controversia con los racionalistas, no abrigarán grandes esperanzas de salir boyantes de la discusión, no tendrán gran fe en la doctrina que aparentan defender, puesto que temen el análisis que de ella haríamos.

Sepan todos, absolutamente todos, los que dicen y sostienen que la religión católica es la única verdadera, que hay en Bilbao varios ciudadanos libres de prejuicios religiosos dispuestos siempre a demostrar que toda religión positiva es FALSA Y CONTRARIA A LA CIENCIA Y A LA RAZÓN HUMANA.

Si los adversarios exigieran, como el P. Coto, títulos académicos, los presentaremos; si títulos de moralidad, también, y tan albos y tan sin mácula como los que ellos pudieran ostentar.

Para terminar, y tocamos este asunto por incidencia, damos la voz de alerta al clero parroquial de Bilbao respecto de las miras ambiciosas de los Agustinos. Pretenden regentar por sí solos la llamada Quinta Parroquia, privando así a los sacerdotes populares (utilizamos este término por creerlo el más adecuado) del único medio de vida que disponen.

¡Alerta, sacerdotes bilbaínos; no abandonéis la defensa de vuestro derecho, ni permitáis que los Agustinos reproduzcan en esta villa los escándalos que, con los promovidos por Recoletos, Franciscanos, Trinitarios, etc., hicieron alzarse en armas contra la dominación española en Filipinas a los indígenas, mil veces despreciados, maltratados y considerados como bestias de carga por los santos varones del voto de pobreza... con millones de pesos en sus arcas; del voto de humildad... y véase la clase; y del voto de castidad... con derecho de piedad.

No se dejen engañar nuestros paisanos por los cantos de sirena de esos fugitivos del martirio, martirio que si creyeran en los misterios y dogmas del catolicismo no habrían eludido embarcándose para España cuando las bendecidas bayonetas de nuestros soldados dejaron de teñirse en sangre humana por defenderlos; no se deje engañar el clero parroquial, ni permita que pase a dominio de una comunidad lo que es suyo, lo que es del pueblo, que ellos gobiernan, espiritualmente hablando.

Que todos los hombres de sano juicio, de recto criterio, de corazón liberal, griten con nosotros:

¡ABAJO LOS FRAILES!

Pues si por mí no llueve...

AGENCIA ÚTIL

Hemos recibido y publicamos por ser de interés general y de utilidad indiscutible, el siguiente prospecto:

«Expedientes matrimoniales, informes gratis, Plaza de San Gregorio, 9, segundo, derecha, de once a una de la tarde.

En beneficio de los pobres que desean contraer matrimonio como dispone la Santa Madre Iglesia, y de todas las personas que desconozcan la tramitación de estos expedientes, abrimos consulta pública para facilitar los casamientos en la Vicaría, resolviendo toda clase de dudas, y evitando, en lo posible, los abusos de que pudieran ser víctimas los contrayentes, por sorpresas de la mala fe o por el dolo de gentes sin conciencia, que nunca faltan.

Gratuitamente pediremos las partidas de bautismo y otras sacramentales, que los pobres necesiten, hasta obtenerlas gratis de los respectivos obispos, legalizadas por los señores proveedores, sin gasto ni desembolso alguno, lo mismo que las dispensas de parentesco.

También informaremos a quien lo desee, con la más absoluta reserva, de los trámites y diligencias sobre reconocimiento canónico de hijos naturales y reclamación de expósitos.

Se suplica la circulación y publicidad de este anuncio. Plaza de San Gregorio, 9, segundo, derecha.»

Rómpase el silencio

La Bandera Regional de Plasencia, refiriéndose al robo de CUATRO MILLONES en el Colegio de San Calixto:

«¿Quién lo creyera!

Esa gran prensa de Madrid; esa rotativa

que se gasta miles de duros en el cable para ocuparse de la maleta de Martínez Campos, como reliquia sagrada; que no vacila ante el daño ni de la deshonra agena, con tal de dar al público el nombre de la adúltera, el apellido del estafador con todos los detalles del crimen, ha llamado como un muerto en el escandaloso robo de San Calixto. ¿Por qué? ¿Será porque lo robado son 4 millones?...»

Me duele, porque al fin y al cabo a la prensa de Madrid pertenezco, que la de provincias hable de ese modo.

¿Por qué calla la de gran circulación en ese asunto? Quiero creer que sea, no por interés mezquino, sino por compromisos de otra índole.

Mas habiendo llegado las cosas al punto que han llegado, el silencio pudiera interpretarse en mal sentido.

Hablen, pues, los periódicos de gran circulación, y desvanezcan esas suposiciones ofensivas.

¿O es que, tratándose de clericales, No ha de haber un espíritu valiente? ¿Siempre se ha de sentir lo que se dice? ¿Nunca se ha de decir lo que se siente?

En el ayuntamiento de Málaga faltan 50.000 pesetas por formalizar.

Me parece esa una palabra demasiado pudorosa para decir que ni Cristo sabe por dónde andan.

PAN DE JESUITAS

«El jesuitismo, dice un periódico de Barcelona, no cesa en su empeño de apoderarse de todo. Dueño de la mayor parte de las conciencias, dueño del poder gobernando desde la sombra, quiere ahora dar la batalla a las clases medias en el terreno económico. Con sus inmensos colegios, centros de enseñanza vulgar y analfabeta, ha matado la enseñanza privada, arruinando a muchas familias. La compañía Tratatística, ó Compañía marítima de Jesús, está destinada a matar el tráfico particular marítimo, ayudándole en su empresa los propios gobiernos concediéndola subvenciones que le permitan hacer ruinosas competencia a las demás empresas navieras. El jesuitismo y los jesuitas abren bazares, montan fábricas, elaboran licores, pastas para sopa, instalan cafés y restaurantes, tienen casas de banca, fondas y cajas de préstamos. Se dice que van a adquirir la línea telefónica que une a las dos primeras capitales de España. Sólo falta que pidan privilegio exclusivo para abrir templos consagrados a Venus.

A su tiempo advertimos que los jesuitas se proponían arruinar a los panaderos de España confeccionando pan sistema Schweitzer. Hasta ahora no han instalado más que una máquina, que funciona todo el día en los bajos de una casa cuya dirección no damos para no contribuir a popularizarla. Pero, según informes fidedignos, pronto se dará grandes vuelos al negocio, instalando máquinas en diversos puntos de la ciudad.

Actualmente están construyendo en los alrededores de Barcelona unos grandes almacenes para confección de pan y depósito de harinas. La única fábrica que hoy existe surte de pan a los conventos, casas de beneficencia y hospitales. Los jesuitas, con su testamento señor Strástequi, tienen la patente para la explotación en España de las máquinas Schweitzer; pero parece que su intento es expedir patentes para la explotación por regiones ó provincias, reservándose para explotar el negocio directamente las cuatro provincias catalanas.

Como quiera que la Compañía, cuyo gerente es el señor Strástequi, cuenta con la protección del Estado, amén de la particular, y con mucho, pero con muchísimo dinero, esto le permitirá dar el pan a precios baratísimos, pues por un lado cuenta con la Tratatística, subvencionada por el Estado, para el transporte de harinas, y por otro con la protección del gobierno, que pondrá las tarifas para las entradas de las harinas al tipo que convenga a la Compañía. Así arruinarán a los panaderos, y con ello cuentan.

A primera vista parece que lo que será un mal para unos cuantos industriales, será un bien para el público en general, particularmente para el obrero; pero no es así. Una vez la Compañía jesuita tenga acaparado el mercado de las harinas y haya arruinado a los panaderos, como no tendrá que sufrir la competencia de nadie, encarecerá el pan, lo pondrá al precio que le convenga y tendremos que comer el pan que los jesuitas quieran. Y será de agradecer si, para adquirir un panecillo, no nos obligan a oír misa ó a confesar una vez a la semana.

Estos negocios jesuíticos tienen más trascendencia de lo que a primera vista parece. Los jesuitas no sólo se proponen arruinar la clase media, sino conquistar adeptos, reunir fuerzas, sobornar y secuestrar conciencias.

Cada fábrica, cada taller que montan ó cada negocio que emprenden, les supone un número de hombres más que, si no los defienden, cuando menos no los atacan por miedo a perder la colocación y el cargo que desempeñan. Así van enriqueciéndose, adquiriendo fuerzas, ganando voluntades, minando el terreno a los liberales. Así se hacen poderosos, y así los vemos que, expulsados legalmente de España por el rey Carlos III, se establecen en donde quieren, conspiran contra la libertad y se hacen dueños de todo, mandan y gobiernan a su antojo, e incluso consiguen de los gobiernos pingües subvenciones para el mejor éxito de sus negocios.

Pronto les tocará a los panaderos sufrir las consecuencias del imponente jesuitismo; después las pagaremos todos, algo más caras que ahora.»

Un trapense del convento situado cerca de Getafe, le ha administrado cristianamente un tiro a un hermano en religión y putaje, dejándolo seco. ¡Y eso que no se habían! Por lo visto se entienden a tiros. ¡Y viva la religión!

IDURO EN ELLOS!

Lei hace días en *El Clamor* zaragozano:

«Si dentro del partido republicano de Zaragoza hay jesuitas, si hay protervos, si hay delinquentes, es preciso sacarlos cogidos por el cuello como a los gatos ladrones ó a los perros golosos y darles una palatada.»

«Que haya jesuitas de sotana y bonete, buenos; ya los conocemos; que haya curas y obispos más ó menos reaccionarios, bien; no nos asustan con sus excomuniones; que haya frailes sucios ó limpios con barbas ó sin ellas, y monjas emparedadas y gángas, ó callejeras y pedigrifeñas hasta lo empalagoso, bien, muy bien; nos tienen sin cuidado; pero que haya ídolos de barro, santos de pega y falsos republicanos, que lo mismo están dispuestos a ayudar a la monarquía que a transigir con Nocedal y comparsa de curas trabucaires, eso no lo podemos digerir, y si no lo echamos fuera nos va a causar una indigestión mortal.»

Esos republicanos, querido *Clamor*, abundan en todas partes, y son los que han enervado al partido; no creen en nada, pero quieren estar bien con todos, imitando al caballero aquel de exquisito trato y corrección extrema, que al nombrar a Satanás le llamaba siempre señor diablo, y que, interrogado por un amigo, respondió: «Soy fino y atento con él, porque, aun cuando yo me río de todos esos cuentos, pudiera ocurrir que me engañe, y nada me cuesta emplear esa fórmula de cortesía, por si acaso.»

Harás, pues, una obra meritoria y honrada quitándole la careta, aun cuando te advierto que es mal oficio.

¡Si lo sabré yo!

Me dice un periódico que yo dejaré de ser anticlerical cuando las ranas crien pelo.

Se equivoca; lo seré en el momento que los curas y los frailes se tornen humildes, caritativos, castos y desinteresados.

La Iglesia se nos come

El Noticiero de Sevilla, periódico de la clase de ateos religiosos que tanto abundan en la prensa, echa las campanas a vuelo porque en la calle Bustos Tavera se han establecido unas Trinitarias y acogido Trinitarias, librándolas así de las asechanzas del mundanal egoísmo.

Y Carrasquilla (Rodríguez la Orden) lo llama de este modo al orden en *El Balarate*:

«Esas setenta y dos niñas no están libres de las asechanzas del mundanal egoísmo, sino al contrario: son esclavas del mundanal egoísmo.

Esas niñas serán allí explotadas de una manera inominosa, so capa de religión. Esas niñas, por una peca de bazofia podrida, lavarán, plancharán, coserán... y el producto que lindan con el sudor de su frente, irá a engrosar los caudales de esas corporaciones monásticas que están acaparando en nuestra ciudad todas las industrias y todos los modos de vivir.

Y se dará el caso de que la hija de la infeliz lavandera, encerrada en esa nueva cárcel, y sometida a las duras reglas de la esclavitud con que esas hermanitas vienen enriqueciéndose, le quitará el pan a su madre, porque ya no será necesaria en la casa en que venía prestando sus servicios.

Y se dará el caso también de que le quite el pan a su padre, porque, según dice el colega, todo lleno de la mayor satisfacción: «Dentro de poco tiempo se inaugurarán talleres de tipografía, fabricación de chocolates, pasamanería, jabones, etc., etc... Para que el público aprecie los trabajos de esta fundación católica se establecerá una Exposición permanente y pública.»

Lo que no harán las hermanas Trinitarias esas, y los reverendísimos Trinitarios que se ocultan detrás de ellas, es darse de alta en la contribución y contribuir a sostener las cargas públicas. Antes al contrario, acudirán al ayuntamiento para que los subvencione con alguna cantidad, en vista del beneficio que vienen a reportarles.

Porque en Sevilla, hasta que no han llegado los reverendísimos Trinitarios a explotar la candidez y la ignorancia de las clases indigentes, no se sabía fabricar el chocolate ni el jabón.»

Bien por Carrasquilla, que está siempre al quite en estos asuntos. Su campaña es la más constante y más práctica que se hace en Sevilla contra la chusma nea.

Y rendido este tributo de justicia, voy a salir por peteneras diciéndoles a los regeneradores de metro y litro:

«A éstos, a éstos es a los que principalmente deberían ustedes atacar; mientras predominan, no hay salvación posible para España. Y, sin embargo, no se atreven ustedes a decir nada contra ellos.

Aunque bien mirado, no sería ustedes los que en último término saldrían reventados, sino los infelices que trabajan, los que nada tienen, y por esto mismo lo pagan todo.

Probablemente esta cuestión del clericalismo es la que impide a las clases extrínsecas sumarse con los republicanos. Quien, por si se distraen mucho al medir ó al pesar, estar bien con los que representan al señor aquel que perdonó a San Dimas.

ADVERTENCIA

Si dejase de ir *El Motín* a alguna población de las que ahora se envía, pueden los que deseen leerlo suscribirse directamente en esta administración, pues no será por culpa nuestra.

MADRID.—IMPRESA, PALMA, 55, DULCADO